

UNA TARDE EN EL CARIBE

Cuando empujó la pesada puerta de caoba, un amargo olor a café molido y a guayaba madura le hizo arrugar la nariz. En cada paso que daba, las tablas de madera crujían: eran tan viejas que solo el mismo peso de los años bastaba para partirlas. Los haces de luz del sol caribeño atravesaban las ventanas y teñían la estancia de dorado, mientras que las cortinas de lino, ondeadas por una suave y cálida brisa, hacían danzar las sombras sobre las paredes.

Sentado en la mecedora se encontraba su abuelo. Llevaba puesta una camisa blanca manchada por el sudor y la tierra, y leía el periódico del revés, como solía hacer cuando las noticias dejaban de interesarle. Con las yemas de los dedos ennegrecidas por la tinta, pasaba las páginas a un ritmo casi ceremonial, como si fuera el dueño del tiempo.

—Llamadme Ismael —murmuraba el anciano, recordando sus querellas y aventuras pasadas—; yo fui quien trajo los limoneros a este pueblo.

El joven tenía la garganta seca por el verano, así que fue a buscar un vaso de zumo a la cocina. Allí se encontraba su madre, que hervía chocolate en un caldero de barro. El olor —recordaba el muchacho de la infancia— era tan intenso que quedaba adherido a las paredes amarillentas de la casa durante semanas. Decidió entonces dirigirse al mar a nadar, para quitarse el olor a cacao que su ropa empezaba a desprender.

—De acuerdo —le dijo su madre, como si hubiera escuchado sus pensamientos—, pero no llegues tarde.

Horas después, el chico regresó a casa con el cabello salado y los pies llenos de arena. El cielo, sin embargo, seguía luciendo el mismo color, e incluso las nubes parecían no haberse desplazado lo más mínimo. Para su sorpresa, el salón se había llenado de gente, y la dulce melodía de las guitarras y las trompetas cosquilleaban el corazón de todo aquel que la escuchaba.

El joven pasó el resto de la fiesta sentado en la mecedora de su abuelo, quien enseñaba a los niños a hacer nudos marineros. También observó durante un rato a

su bisabuela, totalmente rejuvenecida, que bailaba enérgicamente al ritmo de la pianola.

Cuando despertó, la sala estaba completamente vacía: solo se oían las olas del mar y el sonido que hacían las hojas de las palmeras al ser acariciadas por el viento. De repente, su tía Aurelia entró por la puerta principal, con su piel de coco. Antes de desvanecerse, le susurró al oído:

—En esta casa no existen fantasmas; son puros recuerdos.